

Milton Rossel

Adolescencia



LOS claros ojos de Sergio Marcovich no transparentaban el fervor que encendía su espíritu. Eran demasiado suaves sus actitudes para saberlo enfiebreado por la pasión. Su vida se quemó temprana y heroicamente por un ideal, sin que jamás los hombres conocieran el misterio del alma de este muchacho a quien castigaron, sin justicia, como a un criminal anónimo. Las brumas nórdicas velaron su espíritu a la curiosidad indiscreta, pues sólo con su muerte se supo que detrás de su semblante de niño bueno habitaba una voluntad recia que se orientó místicamente a la lucha.

Su cuerpo mutilado bárbaramente yace cubierto de tierra, confundido con el de sus compañeros que murieron como él por lo que estimaban lo más sagrado de la vida.

Junto al mensaje iracundo e impotente de los hombres que claman venganza, se oye la voz dulce y humilde de una mujer auciana que, extasiada en la efigie

de un hombre crucificado por un ideal, como su hijo, busca consolación en el misterio del más allá:

¡Que Dios lo tenga en su Reino!

I

Muy poco se conoce la historia del alma de Sergio Marcovich. Se sabe que fué un estudiante sin brillo en un liceo. Allí lo conocí. Me llamó la atención la bondad de su mirada y el silencio concentrado con que escuchaba las lecciones de su profesor. Cuando advertí su pasión por la lectura, sentí por él una mayor simpatía, y quise adentrar en su espíritu; pero Sergio Marcovich, enclaustrado en su silencio, no abrió a la confianza los recodos de su personalidad.

Leía afanosamente. Lo veíamos frecuentemente en los recreos o en las horas de estudio ensimismado sobre las páginas de un libro. Sobreponíase al bullicio de la multitud de niños que reían y jugaban libremente, sin preocupaciones que limitaran sus expansiones alegres, como los pájaros en su vuelo sin rumbo por los aires.

Era su lectura favorita las novelas de los escritores que ahondan en las almas atormentadas por ideales inasibles, y que viven una existencia gris buscando luz guiadora para la humanidad dolorida. Y se torturaba como los héroes de las ficciones, porque el destino se interponía en la realización de sus nobles empresas, y porque los hombres mismos para quienes buscaban cla-

ros senderos se encargaban de enlodarlos y de dificultar la misión liberadora. Allí los espíritus más fuertes se trizaban, las voluntades más recias abdicaban y los corazones más puros se ennegrecían. Los que continuaban íntegros en la lucha sin fin, terminaban padeciendo prisión, enloquecidos o eliminados impiamente.

—¡Vamos!—se decía Sergio Marcovich. No por ello debemos entregarnos mansos al enemigo y acatar el destino como un hecho ineluctable. Cada víctima, cada fracaso, debe florecer en ideales ennoblecidos y purificados. Los que caen bregando son los zapadores que abren las conciencias de los tímidos, deciden a los abúlicos, afirman la fe de los tibios. Por cada una que cae, ciento se levantan, heroicas las voluntades y encendida la pasión.

Las lecturas le sugerían a Sergio Marcovich infinitas reflexiones que almacenaba en el fondo de su conciencia, porque aun no había encontrado el espíritu afín que se hermanara en la confianza. Sus soliloquios se prolongaban aun en las clases, cuando el profesor explicaba su lección. Lo calificaron como un distraído incorregible y como un perezoso irremediable. Alejado de la realidad circundante, su espíritu navegaba por un mar quimérico de bellezas y bondades.

Nunca nadie vió a Sergio Marcovich enmascarado por risa trivial y frívola. Su reír era el desgranar espontáneo y sonoro de una carcajada tan amplia como si deseara mostrar el fondo de su corazón. En su posición humilde y digna, nunca se le vió abyecto en de-

manda de una gracia. En la adolescencia, era ya un hombre.

A pesar de que no se sumaba a las preocupaciones corrientes de sus compañeros, ellos lo querían y respetaban. Cuando leía en clase sus composiciones, un silencio respetuoso se hacía en torno de su palabra. Lo llamaban el Filósofo. No obstante, varios profesores lo calificaban como mal alumno, porque muchas veces tuvo él la osadía de discutirles y aun dudar de la autoridad del texto manual al que se ceñían los maestros en sus enseñanzas. Hasta hubo un Consejo de Profesores en que la Dirección del Liceo pidió su expulsión por sus reiterados atrasos y por su pereza invencible. Aplicando los más sabios principios pedagógicos, los doctos maestros calificaron a Sergio Marcovich de fracasado. Felizmente, la idea de expulsión no se consumó.

En una revista estudiantil apareció un cuento suyo. Algunos pedagogos lo calificaron de detestable, porque no se ajustaba a los preceptos de la retórica y porque tenía ideas disolventes. No obstante, el cuento era original y tenía aciertos de expresión que lo relevaban de la vulgaridad. Un hombre frente a un aviso luminoso dialoga consigo mismo, identificándose con la figura que sirve de propaganda de un laboratorio. En los gestos mecánicos del hombre que simboliza «vigor y salud», residía toda su tragedia de dinamismo fallido. El deseaba manifestarse como lleno de energía; pero al tratar de demostrarlo, sus actitudes resultaban mecáni-

cas y ridículas como las del hombre eléctrico del aviso luminoso. El relato estaba enmarcado en un ambiente brumoso, y de él fluía una sensación acongojadora y nostálgica.

Como realmente lo estimaba, le preguntó un día la causa de su baja nota en Matemáticas.

—No sé, señor—me respondió.—Creo que no he estudiado bastante; pero pienso mejorarla y salir bien en el examen. ¡Son tan fáciles las Matemáticas!

—¡Cómo!—exclamé sorprendido.— ¡Fáciles las Matemáticas!

—Sí, señor. Son muy fáciles, porque en las Matemáticas no entra la imaginación y muy poco la inteligencia. Voluntad, estudio constante, atención sostenida... y aprobado con distinción en el examen. Como ve usted, eso se puede adquirir; y tener imaginación, hacer una bella frase o una metáfora original es difícil, porque no sólo basta buena voluntad... Es mucho más difícil hacer un cuento que determinar el cálculo de π ...

—¡Siempre con tus paradojas!

—No es paradoja, señor. Si es la pura verdad. En Matemáticas se parte de principios conocidos, al menos en las que se nos enseña a nosotros, y en un cuento...

—Bueno, niño. Me alegro de que tengas un punto de vista original para apreciar las cosas; pero mucho cuidado de hacerlo por el mero afán de asombrar al cándido y dárselas de genio. Eso es muy propio del

adolescente. Me alegro, sobre todo, que pienses reaccionar. Estás en sexto año y te faltan pocos meses para el bachillerato, y no sería justo que no lo dieras por el fracaso en Matemáticas. Mira, ¿y qué carrera piensas seguir?

—Para profesor, señor.

—¡Ah! Pero...

—No se sorprenda, profesor y de Matemáticas.

Como sonriese, agregó:

—Hablo en serio. Usted me conoce. Aunque me tienen por indisciplinado, huraño y poco cooperador, creo que seré un buen profesor, porque conozco mi alma y la mía es como la de todos los niños. Y lo fundamental en un profesor es conocer el alma del niño y tener el espíritu abierto a la comprensión...

—... y ser disciplinado, cumplidor de sus deberes...

—Sí, pero eso es cuestión de proponérselo. En cambio, el espíritu, el carácter, la vocación... con eso se nace. Por lo demás, yo no creo en la pedagogía.

—Entonces, ¿cómo vas a seguir Pedagogía?

—Para obtener el título que otorga el Estado, que es el único válido, y porque, como le dije, creo tener vocación y alma de maestro. Según mi criterio, todos esos pedagogos importados y los nacionales que especulan con la educación, no valen nada como maestros al lado de Jesús, que creo no sabía pedagogía. En cambio, ¡qué enseñanzas eternas nos ha dado en sus parábolas!

Al hablar Sergio Marcovich se transfiguraba. Su rostro enjuto y pálido, se enardecía; brillante la mirada; las palabras fluían sin tropiezos. Gesticulaba. Parecía que todo su organismo participaba del fervor de sus convicciones, como asistido de una fuerza desconocida que lo iluminaba interiormente.

Los alumnos escuchaban atentos este diálogo. Se advertía en sus rostros la satisfacción de ver triunfante al compañero. Cuando ya sentía relajada mi sapiencia de profesor, el tintineo de la campanilla vibró cristalina y prolongadamente.

Y otra vez el zumbido de colmena de los niños en los patios libres, amplios, donde sus naturalezas restringidas por la disciplina de la clase, se expandían en un bullicio ensordecedor.

Cohibida la actitud, soñador su mirar claro, Sergio Marcovich rehuía los grupos, aislándose en un rincón. Como los intravertidos, siempre estaba solo, aun en medio del tumulto fraterno.

II

Siempre me interesó el destino de Sergio Marcovich. Logré que tuviese confianza en mí, y aun más de alguna vez fui su confidente. Pero lo que supe de su existencia lo debo a alguno de sus compañeros que a su vez fueron alumnos míos en el liceo. En la breve historia de su alma hay muchos vacíos, porque prefirió

ocultarse y callar recatadamente sus intimidades antes que exhibirlas al transeúnte anónimo.

Como me lo había dicho, ingresó Sergio Marcovich al Instituto Pedagógico, y fué allí un alumno brillante de la asignatura de Matemáticas.

Al hacerse estudiante universitario, su espíritu no se alteró en forma radical. Su carácter se hizo más serio, su espíritu más reflexivo, su mirar más profundo. Sus compañeros de curso lo estimaron de inmediato, a pesar de que no intimó con ninguno de ellos. Mediante su actitud bondadosa y cordial se captó el cariño afectuoso. Sus estudios lo absorbieron por entero; y si algún tiempo tuvo disponible lo destinó a sus lecturas favoritas. Pero éstas no fueron ya las novelas en que aparecían vidas tenebrosas de muchachos y hombres que se sacrificaban heroicamente por un ideal; anarquistas y nihilistas de la España heroica o de la Rusia misteriosa. Ni Baroja ni Dostoiewski fueron ya sus autores predilectos. Ahora le interesaban más los libros de carácter histórico, social, económico y religioso. Al oír hablar a sus compañeros de sindicalismo, de marxismo, de positivismo, de socialismo cristiano, deseó informarse en buenas fuentes acerca del significado y contenido de estas palabras; y leyó copiosamente, sin desmayo. Se desesperaba de no encontrar aún una doctrina que compendiasse todos sus anhelos redentores. En sus noches insomnes, en la densa obscuridad de su cuarto, parecía que una luz súbita aclaraba su conciencia entenebrecida. Y se dormía satisfe-

cho y profundamente. Pero con la claridad del día, de nuevo el tumulto de las ideas contradictorias paralizaba su voluntad de acción en una quietud meditativa. Así, se sucedieron en sus preferencias doctrinas antagónicas que, a no mediar su agudo espíritu crítico, en el fondo de su conciencia se habría formado un kaleidoscopio ideológico. Pero de sus meditaciones, un residuo fecundo iba aconchándose.

Necesitaba de un confidente a quien hacer partícipe de sus entusiasmos; pero, tímido, retenía la expansión generosa ante el temor de infidencia y de burla. Algo me comunicó de sus lecturas; pero lo hacía en un tono de indiferencia que no me permitía entrever el mundo de sus inquietudes. En su aparente serenidad, ocultaba la tragedia de no haber encontrado el camino que lo llevara a la expresión de su verdadera personalidad.

Instado por sus compañeros a que se incorporara a los centros estudiantiles, asistió a reuniones de la Federación de Estudiantes. Fué allí un espectador silencioso y atento. Muchas veces deseó pedir la palabra para intervenir en las discusiones. Tenía tantas cosas interesantes que decir, que bien podría vencer su timidez. Ante tal cúmulo de afirmaciones erróneas, su palabra surgiría flúida, elocuente, apasionada. Pero él no había hablado nunca en público, y otros lo hacían en forma tan brillante, que, indeciso, continuaba en su silencio obstinado. Temía hacer un papel ridículo.

Le llamó la atención un joven elegante, que solicitaba la palabra frecuentemente. Apenas iniciaba éste

su discurso se hacía en torno de él silencio grávido de admiración. Lo aplaudían clamorosamente cuando al finalizar un período su voz alcanzaba mayor resonancia. Junto a este estudiante había un círculo de devotos que lo admiraba, imitándolo hasta en su modo cansino y contorneado de andar.

Sergio Marcovich lo oyó varias veces, y siempre encontró falsas y hueras sus palabras. ¡Qué pobreza de ideas originales, qué ausencia de conceptos! Pero el orador estudiantil poseía una voz de tenor que seducía al auditorio con su variado registro. Nunca Sergio Marcovich, con su voz opaca, tartamudeante, podría competir con él. Además no tenía ninguna comparsa de barítono y tenores sin cartel que lo corearan. En realidad, pensó, asistir a las reuniones estudiantiles es perder el tiempo.

Parapetóse una vez más en su soledad. Sólo reclamaba la compañía de un espíritu fraterno en quien volcar las inquietudes que bullían, fervorosas, en el fondo de su ser. Su madre y él constituían su hogar. Sin parientes cercanos ni amigos íntimos, su vida se consumía en una desolación fría y hosca. Ni los libros, ni los largos paseos por los parques y alrededores de la ciudad, lo curaban de la angustia de sentirse desamparado. Y él no era un misántropo, ni un remiso a las sollicitaciones amorosas que ya golpeaban persistentemente en su instinto.

III

Nada en el Profesor de filosofía predisponía a la atracción simpática: exigua la estatura; magro y cetrino el rostro; bigotes largos y lacios; la cabeza pequeña cubierta de cabellos hirsutos y grisáceos. Su voz chillona, con estridencias súbitas, hacía aun más ingrata su clase. Los alumnos se desperzaban desembozadamente. Pero él, penetrado de la sapiencia de sus palabras, continuaba impertérrito, explicando la filosofía kantiana, en un lenguaje pobre y ramplón. Cuando creía que sus explicaciones eran más profundas, se detenía, e insinuando una sonrisa compasiva, exclamaba sentencioso: ¡No sé si me entienden! Y la clase continuaba fría, tediosa, monótona, identificándose con la atmósfera sombría y helada de esa tarde de invierno.

Poquísimos alumnos seguían la explicación del Profesor. Algunos conversaban a media voz. Otros guiñaban el ojo a alguna compañera invitándola a una cita o expresándole, tácitamente, su simpatía. Alguien paseaba solapadamente la mirada por debajo de los bancos, buscando bellas piernas femeninas que sirvieran de solaz a su continencia de adolescente.

Sergio Marvovich era de los pocos que seguían las explicaciones del Profesor; oía atento, tomando en seguida anotaciones. Mas su atención no era sostenida; se distraía con frecuencia; disimulaba bostezos, y, sobre todo se fijaba en una compañera que tenía cerca.

Cada vez se hacían más prolongadas sus distracciones, hasta que por último se incorporó a la mayoría de los alumnos que, aburridos, esperaban ansiosos el término de la clase. Mientras tanto, las conversaciones susurrantes se generalizaban.

No obstante, algunas palabras se percibían nítidas.

—Berta, Marcovich te está mirando extasiado desde hace rato.

—Si no es a mí, es a ti—exclamó la aludida.

—¡Estás loca!

—Hace días que lo estoy observando y ahora lo sorprendí con la vista fija en ti, embobado.

—¡No puede ser!

—Te felicito. Al fin se ve al Filósofo mirando a una mujer. ¡Y harto buen mozo que es!

—Tal vez. Pero me tiene muy sin cuidado. Es muy serio y estudioso para que se preocupe de las mujeres.

—¿Acaso no es hombre?

—Precisamente, porque es hombre no se ha de burlar de las mujeres feas como yo.

—Te apuesto que hoy te sigue.

—Ya te he dicho que no me interesa, y lo mejor es que atiendas.

—¡Sabes disimular!

Así dialogaban Berta González y Raquel Carvajal, compañeras de curso de Sergio Marcovich. Aparentando indiferencia la primera, no quiso darse por notificada de la actitud de su compañero. La segunda, alegre y perezosa, se preocupaba de escrutar las miradas

de sus compañeros para determinar cuáles eran las preferidas, y transmitirles el más leve indicio de simpatía o afecto que advirtiera en las actitudes de los hombres. No lo hacía con mala intención, ni por resentimiento de verse indefinidamente postergada en las preferencias. Era de natural bondadosa y no concebía que dos seres de distinto sexo no se emparejaran para hacer más agradable la labor; sobre todo la de estudiar que para ella requería un esfuerzo superior a su capacidad.

No estuvo equivocada cuando descubrió que Sergio Marcovich tenía por Berta González un interés singular. Un detalle, una mirada fugaz, una palabra banal, le bastaba para penetrar en los designios más recónditos de sus compañeros. Llegaba a veces a suponer amores ocultos de los profesores con las alumnas.

A pesar de que las reacciones sentimentales de Sergio Marcovich se manifestaban sólo con miradas, Raquel Carvajal se adelantó en sus juicios a hechos insospechados hasta del propio subconsciente de su compañero.

La verdad fué que desde lo hondo del espíritu de Sergio Marcovich surgió insensible y sutil, profunda simpatía y cariño por Berta González. Desde entonces, aun cuando se lo había expresado, no se sintió ya tan solo, le acompañaba siempre la imagen de ella, modesta, estudiosa y callada como él. La afinidad de dos espíritus que nunca se habían hablado, obró el milagro de la atracción corporal.

Un día le quiso hablar; mas las palabras se atra-

gataron y la expresión balbuciente y pueril de ¡buenas tardes! fué lo único que logró transmitir. Azorado y trémulo, se sintió empequeñecido, derrotado irremisiblemente. En su desamparo, el cariño por ella lo invadió abrasador, poderoso, incontenible. Y entonces sí que las palabras brotaron sin esfuerzo como de un surtidor misterioso. Ella lo escuchaba admirada, sorprendida. Tan fea como se creía haber sido la elegida por el mejor alumno del curso y ¡tan buen mozo!

Se avivó la mirada de Sergio Marcovich. Su rostro pareció iluminado de una nueva luz, que le daba alegría y confianza. Un mayor dominio de sí se advirtió en todas sus actitudes.

—Sí, no sé como se produjo. Fué algo repentino. ¿Fué el primer día que la ví en clase, cuando la oí explicar con tanta claridad un problema que no entendí; fueron sus actitudes suaves y bondadosas? ... No lo sé; pero hace mucho tiempo que la llevo presente en mi corazón.

—Usted es muy apasionado. Es un entusiasmo como cualquiera otro. Ya le pasará.

—No me confunda. Soy sincero y nada tengo de donjuanesco. Me repugnan los galanteadores profesionales. No me habría atrevido jamás de dirigirme a usted para mentirle afecto. Advierto en sus sentimientos tal pureza, que sería una villanía enlodarlo con una pasión mezquina.

—Su acento es tan apasionado, que llega hasta

convencerme. Dejemos que el tiempo diga su palabra definitiva. Desde luego, le ofrezco mi amistad.

—Con su sola amistad me siento feliz. ¡He vivido tan solo!

Sus palabras no lo traicionaban. Y habló largamente de sus inquietudes, de sus ideales, de sus aspiraciones, y de entregarse por entero a luchar por una causa justa, dándole así sentido a su vida.

Ella lo escuchaba atenta; pero de cuando en cuando le asistía cierto susto, porque el fuego de las palabras transfiguraba a Sergio Marcovich como si fuera otro ser el que estaba conversando con ella. Parecía un poseído. Cuando todo lo dijo, se aquietó, alejándose contento, porque al fin había encontrado el alma amiga en quien depositar lo único de valer que poseía: sus ideales.

Había hallado el incentivo poderoso que lo llevaría a la realización de su destino: el amor y la fe.

IV

A pesar de que la campanilla había anunciado hacia rato el término del recreo, grupos de alumnos, remisos a la rígida disciplina de la clase, preferían continuar la conversación alegre, el comentario mordaz o el galanteo superficial. Después de varios días neblinosos, había brillado el sol, y los muchachos lo buscaban ansiosos en los patios del viejo Pedagógico para desentumecer sus cuerpos ateridos por los rigores del

invierno. La sonrisa familiar del buen Domingo se hizo presente requiriendo silencio. Los profesores germanos hacían clases aun con un solo alumno. Mas la charla cobró mayor animación: alguien dijo que Sergio Marcovich había ingresado a un partido político de vigoroso espíritu revolucionario y que ya llevaba en la solapa del vestón la insignia del partido representada por una granada que despedía rayos flamígeros.

—¡Sergio Marcovich en un partido político!—exclamó, burlón, uno de los conversadores.

—¡Milagros del amor!—dijo otro.

—Sí, y pertenece a un partido revolucionario; un partido que nadie toma en serio, cuyo único papel ha sido hasta la fecha el de gritar histéricamente.

Todos deseaban aportar su comentario; y las palabras afluían atropelladamente.

—¡Qué raro es Sergio Marcovich!

—No quiso ni entrar a la Federación de Estudiantes porque, dijo, que allí todo se resolvía a gritos y discursos vulgares, ¡y ahora ingresa a ese partido cuyo programa nadie conoce!

—Sus afiliados dicen que es un movimiento emocional, un impulso instintivo de superación política y social. Se colocan más allá del Bien y del Mal, en una confortable posición de ser ellos los únicos poseedores de la clave que solucionará los problemas nacionales.

—¡Pura música, compañero!

—¡No se les puede tomar en serio! Yo, al menos,

nunca les he hecho caso. Creo que se disolverá por su propia inconsistencia ideológica.

Berta González, integrando el grupo, permanecía silenciosa, triste, pensativa.

—El hecho de que a él haya ingresado Sergio Marcovich es para que yo lo tome en serio. ¡Cómo habría meditado antes de incorporarse!

—Son unos iluminados, unos posesos, unos místicos . . .

—Acaso por eso mismo es que ha entrado Sergio Marcovich. ¿No creen ustedes que detrás de esa serenidad y espíritu reflexivo se oculta un fuerte temperamento pasional?

—Tal vez. Pero ese partido está desvinculado de la realidad, y en su mayoría está formado por jovencitos a quienes tiene amaestrado un caudillo de una audacia inaudita que los maneja a látigo.

—Eso no importa. El criollo necesita todavía del látigo; se acostumbró a él en la colonia.

—¡No diga tonterías, compañero!

—¿Y qué es la realidad? ¿No es acaso la visión del mundo objetivo a través del temperamento de cada individuo?

—Eso que dice usted, compañero, debe de ser muy profundo, porque yo no lo entiendo.

—¡Y qué cosa sabe usted, fuera de emborracharse!

—Pero no peleen, pues.

—Estoy seguro que el ingreso de Sergio Marcovich a ese partido se debe a que es el único en que ha

encontrado hombres honrados, decididos y valientes; y lo servirá con lealtad y desinterés.

— Parece que usted es de los mismos. Pero Sergio Marcovich es un desorientado; está en el período del confucionismo ideológico. Eso les pasa a todos los que leen demasiado.

— Según su opinión, no debe leerse, y sólo han de acatarse las consignas, porque sí, sin discutir las.

— Eso es precisamente. Estamos hartos de discursos, programas, manifiestos...

— Desde que Sergio Marcovich ingresó a ese partido deja de ser el Filósofo, y sólo será un instrumento, un número, un cualquiera... El, que tanto renegaba de las comparsas, entra ahora a la más pintoresca de todas.

— Parece que no nos podemos poner de acuerdo. Son demasiado destructivos.

El medio día había pasado ya. Y nuevamente el buen Domingo los invitaba con sus palabras cordiales a abandonar el establecimiento, porque él también tenía que almorzar.

V

Sergio Marcovich se había encastillado en un silencio hurano, cerrado y agresivo a todo impertinente que lo interrogaba sobre el partido político a que había ingresado. Todo ello denotaba que un cambio radical se había realizado en su manera de ser. Asistía

con intermitencias a clases. Siempre lo veían acompañado de Berta González. Buscaba, empero, los sitios apartados para evitar los comentarios malévolos o la suspicacia aleve.

Era el Parque Forestal su sitio preferido.

Lentos, silenciosos, caminaban por las amplias avenidas del Parque orladas de árboles siluetados por el invierno. Pocos paseantes quedan a esa hora. Las parejas se escurren buscando rincones o esperando la protección de la obscuridad, propicios a las expansiones sentimentales. El atardecer se prolonga como anticipación primaveral. Al fondo, en frente de ellos, la enorme mole azulenca de la cordillera tocada de nieve con tonalidades cobrizas por los reflejos del sol declinante. Son dos sombras que caminan por la quietud crepuscular. Mudos como si temiesen a las palabras, se miran, se sonríen, se detienen breves instantes, y continúan flojo el paso como convalescientes. Un mismo pensamiento los abrumba como un peso del que quisieran desprenderse. Temerosos de revelarlo, callan obstinadamente, hasta que ella habla:

—No es por eso. Es una aventura muy arriesgada. Piensa en tu madre; en mí, si algo me estimas.

—No. Se me ha dado esa orden y debo cumplirla. Soy hombre.

—No lo dudo. Pero si fracasan... si no los ayuda el ejército...

—Está comprometido. Cumplirá su palabra, si son hombres.

—En toda empresa hay un factor desconocido, imprevisible ...

—Todo ha sido minuciosamente estudiado. Y si fracasamos, no será por culpa nuestra, porque todos los del partido sabrán cumplir con su deber, como yo. Es gente joven, decidida, almas puras que aun no han sido encenegadas por la politiquería.

—¡Eres un niño!

—Así será. Pero ya era tiempo de que nos arriesgáramos en algo que valga la pena. El gobierno es detestable y debemos derrocarlo. Ahora nada de discursos; y a la acción.

—Tengo el presentimiento de que algo grave les va a ocurrir, pues el gobierno está dispuesto a defenderse, y está en antecedentes de esta intentona revolucionaria. En el desfile de ayer gritaban que se tomarían la Moneda.

—Es inútil que trates de disuadirme de que no ocupe el puesto de peligro que se me ha indicado. Al ingresar al partido sabía ya que no me pertenecía. Me debo a él y por él daré mi vida.

—Antepones el partido a tu madre.

—Sí. La patria antes que nada.

—Nunca te había oído hablar así. Siempre creímos tus compañeras de curso que eras un joven tranquilo, estudioso, quitado de bulla. Cuando me hablaste de tus intimidades e inquietudes, pusiste en tus palabras mucho fuego; pero creí que ello se debía a una

pasión esporádica y que pronto se te pasaría. ¡Y en lo que te metes ahora!

—Agradezco el concepto que de mí han tenido. Pero esa actitud mía era propia de un pusilánime, de un egoísta. Todos viven para satisfacer sus pequeñas ambiciones personales. Nadie se sacrifica por la colectividad.

Silencio. Las sombras se adensan. Trémula, tiende ella su mano y le aprieta fuertemente la suya a Sergio Marcovich.

—Estás irreductible. Me siento vencida. No dormiré esta noche pensando en ti; y aunque soy poco creyente, elevaré una plegaria fervorosa porque nada grave te suceda. Mañana me lo pasaré junto a la radio escuchando las noticias que transmitan. Espero que en ningún momento perderás tu tranquilidad.

—Mientras mayor sea el peligro, más tranquilo será mi ánimo. Tu cariño me confortará. Se me ha dado un puesto de responsabilidad y sabré responder a esta confianza como hombre. Estaré a cargo del grupo de asalto que se tomará la Universidad.

No se despidieron con palabras, dominando la emoción que los acongojaba. La obscuridad impidió ver a Sergio Marcovich los ojos lagrimeantes de ella. Su actitud era marcial.

VI

Luminoso amaneció el nuevo día. Límpido el cielo, Imponente la cordillera. Traslúcido el aire ingrávigo.

El rostro mismo de los traseúntes parecía contagiado de este ambiente primaveral de fines de invierno. A pesar de que la pasión política encendía los ánimos, nadie adoptaba actitudes transcendentales y trágicas. La naturaleza renovada invitaba a una vida alegre. Hasta en Sergio Marcovich se advirtió una inusitada alegría. Reía y cantaba. Le vieron preocupado afanosamente; pero siempre riendo y cantando. Limpiaba su pistola. Su madre se sorprendió de ver este contentamiento extraño en él.

—Es que al fin me han reconocido los méritos— le dijo gozoso.

—¿Que te han dado algún puesto?

—No, madre. Algo que vale más que un empleo. Un puesto en que no se gana dinero; pero en que se trabaja para los humildes, para los pobres más pobres que nosotros.

—¡Qué bueno eres, hijo!

Y alegremente, Sergio Marcovich la besó con pasión; y se alejó en seguida, silbando el himno del partido.

Las calles del centro de la ciudad adquirieron de pronto un movimiento confuso. Las gentes y los vehículos caminaban presurosos, como impulsados por una misma fuerza. El chirriar de las cortinas metálicas de los negocios, las estridencias de las bocinas de los automóviles, las voces nerviosas de las personas, infundían al ambiente una inquietud desconocida. Desorientada, la gente deambulaba sin saber el motivo

que suscitaba tal premura. La irrupción de grupos armados de carabineros, hizo pensar a muchos que había estallado un movimiento revolucionario. Rápidos y enérgicos, despejaron las calles céntricas. Desoladas, adquirieron éstas una quietud trágica.

Dos muchachos, curiosos e interesados, resistíanse a abandonar las calles que serían escenarios de acontecimientos novedosos para ellos. Uno de éstos, prudente, insinuó trasladarse a la pensión en que residía, en Bandera esquina con Alameda. Desde el balcón de esa casa podrían contemplar, seguros, el desarrollo de los hechos.

—¡Eres imprudente! ¡No te asomes, te puede ligar un balazo!

—¡Cómo se te ocurre! ¡Si en las revoluciones chilenas no se dispara! ...

—Pero en la otra... ¿Te acuerdas?

—Sí, hubo un muerto, pero fué un fotógrafo que murió de susto al ver por primera vez unos tanques.

—Mira, allá vienen.

—¡Se rindieron ya! Son los que se habían tomado la Universidad.

—¡Qué locos!

—¡Parece que los han traicionado!

—¿Los ves? Caminan con los brazos en alto, pero erguidos.

—Son muchachos. Parecen estudiantes universitarios.

—Sí. ¿Ves a aquel? ¿Que no es nuestro compañero de curso, Sergio Marcovich?

—El mismo. ¡Pobrel

—¿No te dije que serviría a ese partido lealmente? Ahí lo ves embarcado en una tentativa revolucionaria. Va sereno, orgulloso ...

—No lo creía capaz.

—¿Por qué? Yo siempre lo he tenido por un verdadero hombre y muy buen compañero; y aun cuando sus ideas sean contrarias a las nuestras, hay que reconocer que se necesita valentía para arriesgarse en esto.

—Verdad. Ninguno de nosotros habría hecho lo mismo.

—Ninguno de nosotros. Ellos exponen su vida. Nosotros, al menos nuestro grupo, lo único que hemos hecho es pronunciar discursos.

—¿Qué les irá a suceder? Porque el gobierno va a castigarlos rigurosamente.

—Algunos meses de prisión. Destierro, tal vez. ¡Ojalá a Sergio Marcovich no le pase nada!

—¡Pueda ser! A lo mejor fusilan a los cabecillas.

—No lo creo. Ha habido tantas revoluciones, que si a todos los cabecillas le aplicaran la pena de muerte, ten por seguro que no estarían vivos muchos destacados políticos que están actualmente en el gobierno.

—Tienes razón. Pero con estos muchachos van a tomar venganza. ¡Y son simples instrumentos! Los verdaderos autores se ocultan bien, no arriesgan su vida.

—Sí. Tienes razón. A los jefes nunca les pasa nada. Es el pueblo, la juventud, la carne de cañón.

—Los mejores, los que aun creen en principios.

—Parece que todo ha terminado. ¡Vámonos!

—Aun se oyen disparos.

—Es para asustar

—Siento el tableteo de las ametralladoras por el lado de la Moneda.

—¡Quizás ha habido algunos que han resistido! En realidad, ha sido una suerte la de los muchachos que se tomaron la Universidad, porque allí parece que apenas hubo disparos, y seguramente no habrá habido muertos.

—[Pueda ser que Sergio Marcovich nos cuente cómo pasaron las cosas! ¡Pero es tan reservado! ...

Al atardecer la ciudad estaba ya tranquila. Un silencio denso, mortal, pareció desplomarse. Grupos de personas sobresaltadas aun por el fragor bélico en que habían vivido, comentaban nerviosamente los hechos.

—[Parece que el ejército no respondió!—exclamó alguien sentencioso.

—El ejército no puede apartarse de la Constitución, está entregado a su labores profesionales—le respondió un señor de acento grave.

Y un viejo acicalado con prestancias juveniles, intervino en el diálogo.

—[El susto que hemos pasado! ¡Y eran cosas de niños! Pero les va a costar bastante cara la bromita ...

Ya en la noche, la ciudad cobró su animación nor-

mal. Los cafés y restaurantes abrieron sus puertas. Y se llenaron de gentes que bebían y comían alegres y despreocupados. Para ellos, el golpe revolucionario no había pasado de ser un vulgar incidente policial.

VII

Sucintas fueron las informaciones de los diarios del día siguiente. Se limitaron a reproducir la declaración oficial que decía: «Un grupo de antipatriotas y descontrolados ha atentado contra las instituciones fundamentales de la República, y el Gobierno, velando por la paz ciudadana, ha castigado en forma ejemplar a los rebeldes».

Mas, poco a poco fueron propalándose comentarios, medrosos al principio, categóricos después, sobre la verdad de lo ocurrido. Los semblantes se mostraban doloridos; las almas, sobrecogidas de espanto. Se rumoreaba que la represión había sido cruel, implacable. Los rendidos, sin proceso previo, habían sido fusilados.

En la tarde, con los compañeros de curso de Sergio Marcovich que lo vieron pasar rendido, las manos en alto, fuimos a la Morgue. En un hacinamiento de cadáveres informes, reconocimos el suyo por las iniciales bordadas en la camisa. Su rostro estaba surcado de profundas heridas de sable. Su cuerpo era una masa sanguinolenta. Sólo tenía las manos limpias.